

**LA IGLESIA PARTICULAR
A LOS VEINTE AÑOS
DEL CONCILIO VATICANO II**

Reflexión teológica sobre
el misterio de la Iglesia

XII REUNION GENERAL DE VICARIOS DE PASTORAL.
MAJADAHONDA (MADRID). 5-8 de Mayo de 1986.

SECRETARIADO DE LA COMISION EPISCOPAL DE PASTORAL

Segunda ponencia

LA IGLESIA, MISTERIO DE COMUNION

Marcelino LEGIDO

Sacerdote de la Diócesis
de Salamanca.

En este momento, la Iglesia del Señor emprende el camino hacia una nueva etapa de la historia. En esta travesía de la humanidad, el Señor ha prendido fuego en ella en un nuevo Pentecostés y la Iglesia está descubriendo su propio misterio con una hondura, una altura y una anchura desacostumbradas.

En realidad, el Concilio nos ha venido a decir, con tres grandes imágenes, que la Iglesia es el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo y el Templo del Espíritu Santo. Pero si se contempla más a fondo el texto, nos damos cuenta de que hay una imagen más originaria todavía que está tomada del himno de Ef.1,3-11, la imagen de familia de Dios y fraternidad del Señor; con lo cual la Iglesia retorna a la experiencia originaria de los caminos de Galilea y de la primera hora pascual.

1. EL SIGNO DE COMUNION

En el Nuevo Testamento se habla de la Iglesia en familia, en los suburbios de Jerusalén, de Antioquía, en los campos de Galilea y de Galacia. Es lo que Pablo

decía: la Iglesia de Dios que está en Corinto y que nace de la gracia y de la paz que el Padre le ha regalado a Jesús, el Señor, en el Espíritu (Cf. I Cor. 1,1-3). De ahí el saludo eucarístico: "la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo..." (II Cor. 13,13) que la Iglesia del Vaticano II ha retomado como saludo inicial de la Eucaristía.

Conviene ahondar en la experiencia familiar. La Iglesia es una familia, como toda familia tiene un Padre. Es el Padre de Jesús: "Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo" (Ef. 1,3). Es el Padre de Jesús, "el Padre de las misericordias" (II Cor. 1,3). Es nuestro porque es el Padre de Jesús. Porque en él somos hijos (Cf. Gal. 4,4-7; Rom. 8,15-17). Este Padre de Jesús y Padre nuestro aparece en el texto como Padre de todos, que está en medio de todos (Ef. 4,6).

Pero este Padre nos ha mandado al Hijo de su amor que es su propio rostro (II Cor. 4,4; Hbr. 1,3), su sacramento, su misterio. Es el Hijo que ha sido enviado. Y no sólo enviado, sino entregado por nosotros. En los textos paulinos, Cristo significa Hijo entregado por nosotros, Señor Hijo entronizado sobre nosotros. El nombre Primogénito (Rm. 8,29; Col. 1,15.18) expresaría, en primer lugar, que nos ha precedido en la generación: nació del Padre, de sus entrañas. "Dios de Dios, luz de luz; Dios verdadero de Dios verdadero". Pero no solamente significa la generación. El hijo mayor es el que va delante de los otros hermanos pequeños. En este caso, Primogénito significa precedencia en el camino de la entrega. Y como el hijo mayor se entrega delante de los hermanos, el Padre se sienta a la cabecera de la mesa, a su derecha y a la cabeza de nuestra. En este sentido, Primogénito significa soberanía, predominio, precedencia. Jesús es en verdad el Señor.

Pero este Hijo amado del Padre, entregado por nosotros, y entronizado ante nosotros, ha desentrañado su propio amor en nosotros, dándonos su Espíritu Santo. El aliento del Padre a Él y de Él al Padre, él lo ha alentado en nosotros según aquella expresión del Apóstol: "El que se allega al Señor se hace un solo aliento con Él" (I Cor. 6,17) porque el Señor es el aliento, "el Señor es el Espíritu" (II Cor. 3,17). El Señor ha incorporado a su misterio de comunión a su Iglesia. Más todavía, se ha incorporado misteriosamente la humanidad entera, el cosmos. El Señor lo ha alentado, se los ha llegado a él, se los ha incorporado.

a él. En el Espíritu, el Espíritu del amor que los textos llaman del Padre y del Hijo, el Espíritu de Jesús: "Como tú estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... Padre santo, yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad, ... para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos" (Jn.17,21.23.26).

El Concilio Vaticano II ha querido expresar este misterio de la Iglesia inspirándose en Ef.1 y en Jn.17, que son los grandes textos que han inspirado el capítulo sobre el misterio de la Iglesia. En la contemplación de este misterio se ve a la Iglesia que ha nacido del Padre por el Hijo en el Espíritu y que retorna al Padre por el Hijo en el Espíritu, según la expresión de los Padres griegos. El Concilio no ha encontrado mejor resumen que una palabra de Cipriano en su pequeña obra "De oracione dominica" donde dice que esta familia del Padre, encabezada por Jesús y unida en la unidad del Espíritu es "plebs adunata" , una muchedumbre unida en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu.

Entonces, una vez que hemos descubierto que esta Iglesia Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu lo es originariamente por ser familia del Padre, fraternidad del Primogénito, entrañas corporales del Espíritu, cuerpo alentado por el Espíritu, comprendemos por qué es koinonía, es comunión. La comunión del Hijo, la comunión en la filiación del Hijo, la comunión en la fraternidad del Hijo; por tanto, será una familia de hijos en el Hijo que gritan con el Hijo: Abbá, Padre (Gal.4,6; Rm.8,15): "Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, sino el espíritu de adopción filial en el que gritamos: Abbá, Padre". Es el mismo Espíritu el que sintoniza con nuestro espíritu o nos hace sintonizar con El en este mismo grito, de tal forma que este puñado de hermanos en torno a El no solamente están adoptados en El, sino incorporados a El, configurados con El, pasando de la esclavitud a la libertad. Ahí estará la liberación, la redención original.

Pero precisamente por ser el Hijo, el Hijo primogénito, es también el hermano primogénito y el puñado de hermanos que en torno a El se apiñan, son hermanos en el Hermano; se rompen las barreras socioeconómicas, sociopolíticas, socioculturales, sociorreligiosas, ya no hay esclavo ni libre, judío ni griego, bárbaro ni escita, hombre ni mujer; pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús

(Cf. Gál.3,28; Col.3,11). Todos los que os habéis bautizado en Cristo, de Cristo os habéis revestido, ya sois uno -no en neutro sino en masculino- una personalidad corporativa, un Cuerpo en Cristo (Cf. Gal.3,26-28). "Despojados del hombre viejo... y revestidos del nuevo" (Col.3,10; Ef.4,24; Cf. II Cor.5,17; Rm.6,3-4), "donde no hay griego, ni judío, circuncisión o incircuncisión, bárbaro o escita, esclavo o libre, sino que Cristo es todo en todas las cosas" (Col.3,11).

Con esto hemos alcanzado la experiencia más originaria de la comunión que es la "comunión del Hijo" (ICor.1,9); la comunión en la filiación, la comunión en la fraternidad. La comunión que se convierte en fermento y alma del mundo hasta que la humanidad entera y el cosmos participen de esta filiación y de esta fraternidad para alabanza y gloria del Padre y así se consume la andadura de la historia cuando el Señor vuelva por segunda vez.

Estamos alcanzando la hondura más profunda del misterio, el proyecto de amor que se realiza y revela en el tiempo, en el Hijo entregado, Rostro visible del misterio invisible. Y se comprenderá muy bien así la formulación inicial de "Lumen Gentium": La luz de Cristo en el rostro de la Iglesia, para iluminar a todas las gentes. Primero "la luz de Cristo". El misterio de Dios es Cristo. Pero Cristo en nosotros, Cristo para nosotros. El Hijo amado ha aparecido como Primogénito; por eso el rostro de quien es hermano tendrá que ser una fraternidad. El rostro del Primogénito tendrá que ser una comunidad de hermanos. Por eso "super faciem ecclesiae resplendente": el rostro del Hermano se corporeiza y visibiliza en el rostro de su familia de hermanos, de su fraternidad que es luz de luz. En este resplandor aparecerá la luz de Cristo, en el Evangelio para toda la creación. Así el Concilio podrá decir en "Gaudium et Spes",⁴⁰ que ésta Iglesia, que es sacramento de Cristo, es por eso sacramento del mundo, pues es el fermento que transfigura y descifra el mundo. La humanidad se descifra como fraternidad. El universo se descifra como hogar. Así el enigma resuelto de la historia se realiza anticipadamente en la mesa de la fracción del pan que preside el Primogénito.

2. UN SOLO PAN, UN SOLO CUERPO

Ahora comprendemos cómo realmente el misterio ha sucedido en la pascua y cómo la pascua se nos ha entregado en la mesa de la fracción. Sabemos que toda familia vive alrededor de una mesa. Y ahí, en torno a esa mesa del Señor, es donde hemos de profundizar el misterio de la Iglesia.

Quien preside la mesa es el Señor. "El Señor Jesús en la noche que fue entregado" (I Cor.11,23). El texto indica que la preside en su travesía pascual. "En la noche en que fue entregado tomó el pan y dijo: 'tomad mi cuerpo entregado por vosotros'. Después de cenar tomó la copa y dijo: 'la nueva alianza, la alianza en mi sangre' " (I Cor.11,23-25). O con otra formulación que evoca otros textos veterotestamentarios: "La copa de mi sangre derramada por vosotros" (Mc.14,24; Mt.26,28; Cf. Ex.24,8). Quien tenemos por tanto a la cabecera de la mesa, en el puesto del Padre, es el Primogénito, que se entrega El mismo, a sí mismo, en todo su amor. Es muy importante para comprender el misterio de la Iglesia local ahondar en la contemplación de la mesa del Señor en la que se incorpora la Iglesia. La Eucaristía es la que crea la Iglesia. La Iglesia no es más que el cuerpo de la Eucaristía. Es el cuerpo roto, inmolado, de la cruz que se ha hecho pan y copa, lo que se ensancha en la comunidad incorporada al cuerpo inmolado del Señor. Los textos sobre el Cuerpo de Cristo se refieren, sobre todo, al cuerpo inmolado de la cruz, al cuerpo eucarístico. El Hijo entregado en la pascua está en el centro y hace el centro de la mesa. Entregado por el Padre, se entrega él mismo a sí mismo. La mesa son sus manos marcadas por los agujeros de los clavos. Lo que se entrega en esa mesa es él mismo, en inmolación de representación, por nosotros, en vez de nosotros: "mi cuerpo por vosotros" dice el texto antiguo, ni siquiera comentado por "entregado". "Mi cuerpo por vosotros" (I Cor.11,24), un gesto deíctico, una expresión, un gesto de donación de él mismo a nosotros, de sí mismo, cuerpo entregado y sangre derramada. El mismo que se entrega a sí mismo en todo su amor.

El pan que partimos es todo el bien de la Iglesia, es el Espíritu sin medida, es la obra entera de nuestra redención y de nuestra reconciliación. Ya la escatología se ha inaugurado, ya el reino está aquí, ya ha aparecido el paraíso porque si el paraíso es el Hijo, si el reino

es el Hijo que reúne a la fraternidad e inaugura el hogar de la nueva creación, en esas manos ha aparecido ya, aunque todavía no se haya consumado.

Pero esta mesa está puesta para toda la humanidad: "por vosotros y por muchos" según la expresión de Is.53,12 que significa: para todos. Por tanto, ese Cristo abre las manos, como dice la tradición de Hipólito, extiende los brazos ante nosotros para entrañarnos. Pero después los abre, más allá de nosotros y nos envía. La Eucaristía congrega y envía. La Eucaristía incorpora y expropia a la misma Iglesia. Según aparece en las plegarias eucarísticas donde está el contenido más hondo del misterio de la Iglesia acontecido y expresado. El memorial es la pascua perpetuamente presente, perforando el tiempo y haciéndonos simultáneos de ella misma. Nos alcanza y nos entraña a todas las generaciones de los hombres y a todas las épocas de la historia. Ese Cristo inmolado, nuestra pascua (I Cor.5,7), pan vivo y vivificante, que no renueva ni recuerda su misterio, sino que atravesando el tiempo se hace presente y se entrega hoy. Hoy mismo es viernes santo y mañana de resurrección. Es Cristo el que nos entraña y nos envía porque, efectivamente, somos entrañados en El. Pero aún la humanidad está gimiendo y el mundo está padeciendo dolores de parto (Rm.8, 22). Todavía han de ser reunidos entre sus brazos todos los hijos dispersos por el mundo y la creación entera, como dice la plegaria eucarística 4ª tomada de la tradición oriental de Basilio, está esperando ser liberada del pecado y de la muerte. Por tanto, cuando decimos esto, queremos decir que la Iglesia local es toda la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica, pero en el trance de ser sobrepasada por su Señor. Es una Iglesia que está reenviada a incorporar a sí a la humanidad entera y al cosmos. La Eucaristía que la constituye la expropia, en realidad, para la misión, a la humanidad peregrina en el universo. Hacia la recapitulación del universo bajo su Señor. El mismo texto eucarístico primitivo evoca, como sabéis, no solamente la humanidad, sino el cosmos. El texto habla de beber la copa en el reino, y, si es el reino, entonces es la creación entera renovada por la fidelidad a la alianza del Padre que entregó a su Hijo por nosotros y por la salvación del mundo.

Ahora se explica la expresión de los primeros hermanos cuando cantaban aquel canto de comunión que es el más antiguo que conocemos y que se conserva en la primera carta del apóstol a los corintios. El canto de comunión decía:

"el pan que partimos es el cuerpo de Cristo y el cáliz de bendición que bendecimos es la sangre de Cristo". Pablo, con su libertad característica, da vuelta al himno y dice: "el cáliz de bendición que bendecimos es la sangre de Cristo y el pan que partimos es su Cuerpo. Por eso somos su cuerpo, porque partimos el mismo pan" (I Cor. 10,16-17). Somos cuerpo del Cuerpo entregado de Jesús. Lo que nos hace ser realmente Iglesia es la Eucaristía. La Eucaristía que nos entranña, que nos incorpora en su paso a incorporar la humanidad entera, el cosmos entero para alabanza de gloria del Padre. El cuerpo de la Eucaristía es el que nos convierte en Cuerpo de Cristo.

Hay un texto en los documentos del Vaticano II que es el más expresivo de esto que estoy explicando y que, realmente, evoca la tradición eclesiológica de los primeros siglos, sobre todo la tradición patristica y de una forma muy especial la patristica oriental. "Esta Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas reuniones locales de los fieles que, unidas a sus pastores, reciben el nombre de Iglesias en el Nuevo Testamento" (L.G., 26). Lo originario es la comunión eucarística en torno al altar que sirve el ministerio apostólico del grupo de los doce, al que está estrechamente incorporado el presbiterado como comunión en un mismo carisma. Esta afirmación no excluye, sino que incluye la Iglesia universal presente en las Iglesias locales; como tampoco desfigura, sino que realza el servicio de Pedro. Las mismas manos del Señor parten el pan en todo el cuerpo apostólico que Pedro encabeza, representando su único encabezamiento. La Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica se hace presente en la comunidad eucarística, presidida por el obispo con su presbiterio. Pero también si está presidida por el presbítero que comulga con el obispo en toda plenitud en la comunión de la Iglesia local. La Iglesia local es el pueblo nuevo llamado por Dios en el Espíritu Santo y plenitud. En ella se congregan los fieles por la predicación del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la cena del Señor. La Iglesia local está congregada por el Evangelio proclamado en la Eucaristía. La historia santa, que es la misericordia del Padre, entregada en la Pascua de Jesús, presente en la cena del Señor, se nos entrega en la palabra, hecha después carne, a fin de que, por el cuerpo y la sangre del Señor, quede unida toda la fraternidad. "Ut per escam et sanguinem Domini corporis fraternitas cuncta copuletur" según proclama la vieja oración mozarabe (P.L.96,759 B).

En todo altar, reunida la comunidad bajo el minis-

terio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y "unidad del Cuerpo místico de Cristo sin la cual no puede haber salvación". (Tomás de Aquino, Summa Theol. 3g. 73a. 3.). En estas comunidades, por más que sean con frecuencia pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual, con su poder, da unidad a la Iglesia una, católica y apostólica. (Agustín en su disputa contra los donatistas). Porque la participación del Cuerpo y Sangre de Cristo no hace otra cosa, sino que pasemos a ser aquello que recibimos (León Magno, Sermón 63, 7: P.L. 54, 357 D).

Este texto, admirable como pocos, de L.G. 26, expresa con toda la tradición bíblica y patristica lo que es realmente la Iglesia local. Tal vez en los diálogos pudiéramos precisar y matizar esto, por si acaso algún concepto se nos escapa o no queda suficientemente acentuado.

3. DONES PARA EL SERVICIO

Se ve claro, entonces, que somos un solo cuerpo porque partimos todos el mismo pan. Y que esta Iglesia que es la fraternidad constituida por la Eucaristía es el fermento y el alma del mundo hasta que el mundo se convierta en fraternidad.

Esta radical igualdad de los hermanos es la que está evocada, sobre todo, en la imagen del Pueblo de Dios. El Concilio, en esta imagen, ha querido evocar fundamentalmente tres cosas: continuidad con la vieja Alianza, radical igualdad de todos los hermanos en torno a la mesa (por eso se puso delante del capítulo sobre la jerarquía), y también el estado peregrinante de esta fraternidad que es el Cuerpo de Cristo, y que sin embargo todavía no está en la plenitud mientras peregrina lejos del Señor.

En una familia de hermanos son todos iguales. Todos son hijos y hermanos. Pero cada uno tiene un don para el servicio. Así, con los dones de todos, se reúne la familia y se lleva adelante la casa. Así también la Iglesia del Señor. Esta radical igualdad de los hermanos que está evocada por la imagen de Pueblo de Dios debe ser completada con otro acento sobre la diferencia. Somos todos iguales, pero cada uno es distinto. Los hermanos tienen distintos carismas, dones del don mismo del Señor, su cuerpo constituido por el Bautismo y la Eucaristía. Es una pena no poder

hablar del carisma laical y de la vida religiosa con tanto detenimiento como yo desearía. Dada la escasez de tiempo, habrá que insistir un poco más en el carisma presbiteral como servicio apostólico a la unidad, pues la Iglesia local está constituida no sólo por la Eucaristía, sino por el apostolado como diaconía a la Eucaristía.

Según venimos explicando, el Señor, en torno a la mesa de la Eucaristía, donde nos entrega su misterio pascual, nos incorpora a todos a la fraternidad en radical igualdad. Y, sin embargo, a cada uno nos da un don distinto, un carisma distinto para una diakonía distinta (I Cor.12,4-7). Es muy necesario afirmar que el Carisma originario es Cristo. Es su Espíritu. El Carisma con mayúscula es esta llama que nace del Cristo que preside la mesa y envuelve la comunidad entera. Este es el carisma original. El Carisma de Dios es Cristo (Rm.7,23). Y el don de Cristo es el Espíritu (II Cor.3,17).

Cuando hablamos de carismas en plural, hemos de acentuar la radical unidad con que estamos unidos al ser diferenciados. El Señor nos diferencia al unirnos y nos une al diferenciarnos. Pero prevalece la unidad sobre la diferencia, dado que nuestros carismas son gestos del único Señor, del único Amor suyo, que ninguno de nosotros puede agotar por entero. Por eso nos lo reparte en dones y en servicios distintos. La unidad de la Iglesia, por tanto, es una unidad carismática. La verdadera diversidad carismática reúne a la Iglesia en la unidad más radical, puesto que el Carisma originario es el Cristo pascual en su Espíritu Santo.

Si tuviéramos que decir cuáles serían los grandes carismas que el Señor ha regalado a su Iglesia, no podríamos enumerarlos. Son muchos carismas, pequeños y grandes. Pero el Concilio Vaticano II los ha agrupado en tres: el carisma apostólico propiamente dicho, es decir, el carisma del grupo de los doce compartido por Pedro, por los doce y por los presbíteros; el carisma laical; y de alguna manera también el carisma de la vida religiosa (L.G.III.IV.V).

Presbíteros

Intentaremos precisar brevemente el carisma apostólico. Lo que constituye la Iglesia local es la Eucaristía servida por el obispo con su presbiterio. La Eucaristía servida por el apostolado que une a la Iglesia local con todas las Iglesias, en la Iglesia universal con Pedro, siervo úl-

timo de la unidad y cimiento de la Iglesia. La Eucaristía servida por el apostolado envía a la Iglesia al mundo, solidarizándola radical y profundamente con el cosmos y con la historia humana. Es conveniente, pues, que precisemos un poco en qué consiste el carisma apostólico que está compartido por los obispos en plenitud, pero también por los presbíteros que comulgan en la unidad de consagración y misión el "munus apostolorum".

El carisma apostólico nos es muy conocido en el Nuevo Testamento. Parece, por lo que dicen los investigadores, que lo que primeramente constituye el carisma apostólico es que los doce han sido testigos del Resucitado: "¿No he visto yo al Señor?, ¿no soy yo apóstol?" (I Cor.9,1). Ser testigos del Resucitado no es tanto haber visto al resucitado cuanto haber sido vistos de El y tomados de la mano de El. "Se dejó ver de mí, me tomó de la mano para revelar a su Hijo en mí" (I Cor.15,8; Gál.1,15-16). "Lo que hemos visto con los ojos y hemos palpado con las manos acerca del Verbo de vida" (I Jn.1,1). Es una expropiación que nos expropia para la transparencia del Hijo en nosotros: "para revelar a su Hijo en mí" (Gál.1,16). En ese sentido, la experiencia del encuentro con el Resucitado, al mismo tiempo, implica ser enviados en la misión del Hijo como primogénito. La comunión, no sólo en su amor, sino en su misma misión: "Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros" (Jn.20,21). "Como el Padre me envió al mundo, así os envío yo al mundo". "Y les alentó el Espíritu Santo" (Jn.20,22). El encuentro y la misión son para la representación del Señor. En esta categoría, de profunda raigambre bíblica, comprende el Concilio el ministerio apostólico.

Nosotros a veces tenemos la impresión de que el enviado se puede separar del que le envía. Pero en la comprensión bíblica el enviado es el rostro de quien le envía. Cuando viene el enviado, viene el mismo que le envía, se hace presente el que le envía. No representa a quien le envía, es el que le envía el que se hace presente en el enviado. Por eso puede decir Jesús: "El que me ha visto a mí ha visto al Padre, el que me oye a mí, oye al Padre" (Jn.13,20; 14,9). Pero al compartirnos a nosotros su misma misión, el grupo de los doce que comparte este carisma se convierte en la "representatio Christi capitis" (L.G.10; P.O.2). "El que a vosotros ve, me está viendo a mí; el que os oye a vosotros, me oye a mí; el que os acoge, me acoge a mí" (Jn.13,20). Según la expresión de L.G., haciendo las veces de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen a los hermanos en la fraternidad

y por Cristo, en el Espíritu, los conducen al Reino del Padre. (L.G.28).

La Iglesia, a lo largo de los siglos, con ese amor tan profundo que ha tenido siempre por el carisma apostólico, episcopal y presbiteral, ha buscado muchas formulaciones para expresar la hondura de su misterio. Y así dice que los apóstoles estamos unidos en la misma unción del Señor; consagrados en su misma consagración; estamos configurados en su misma entrega, a imagen de El. Se ha grabado a fuego en nosotros la imagen del Sacerdote y de la Víctima, del Redentor crucificado, como decía el Santo Padre en su viaje apostólico a España. Otras veces en la reflexión teológica se han usado categorías filosóficas como la instrumentalización: el apóstol es el instrumento vivo del Señor. O la categoría de prolongación: el apóstol prolonga su presencia, la lleva, la irradia. La tradición de la Iglesia, con distintas expresiones, ha intentado descifrar el carisma apostólico. Tal vez, en conjunto, con todas estas palabras que cabalgan entre la filosofía y la teología, se pretende expresar algo que la tradición llamaba "alter Christus" y que el Concilio Vaticano II ha retraducido más hondamente con la expresión "en la persona de Cristo". Para que el apóstol o el grupo apostólico no se apropie a su Señor, sino que sea apropiado por El. Y por eso utiliza mejor las expresiones de Tomás de Aquino: "gerens personam Christi" o "in persona Christi". "Sic Christi sacerdoti configurantur ut in persona Christi Capitis agere valeant" (P.O.2). Serían las expresiones más vigorosas del carisma apostólico compartido en la unidad por los obispos y los presbíteros. Nos faltan categorías para expresar esta profunda comunión que descubre el misterio de Cristo como Primogénito, reuniendo a los hermanos, incorporándolos a su Cuerpo y alentándolos al camino del Reino. De todas formas, esta representación del Señor sucede en el grupo apostólico. Por eso el Concilio habla de la fraternidad sacramental que tiene que convertirse en fraternidad íntima (P.O.8).

¿Qué significa en realidad la palabra fraternidad del sacramento del Orden? El Concilio Vaticano II ha trabajado muchísimo la tradición litúrgica. En la ordenación sacerdotal, un puñado de manos se extienden con las del obispo y en la concelebración eucarística un puñado de manos se extienden sobre el pan y el cáliz. Ese puñado de manos que se extiende para imposición de las manos y para la fracción del pan están sostenidas por las manos del Primogénito. Las manos del obispo no sostienen las manos de los presbí-

teros. Son las manos del Primogénito las que sostienen al tiempo las manos del obispo y las manos de los presbíteros inseparablemente unidas. Manos que han sido ungidas al tiempo para poder servir al tiempo. Es lo que el Concilio llama la "unitas consecrationis et misionis". Lo cual implica, naturalmente, la "communio jerárquica" que después intentaremos precisar. Esta fraternidad sacramental cuando se manifiesta "perfecte" "optime" es en la concelebración litúrgica, en la synaxis eucarística porque lo que constituye verdaderamente la Iglesia es el don de la pascua servida por las manos de los apóstoles. A estos dos elementos constitutivos, tal vez haya que añadir el lugar, el trozo de tierra por donde la Iglesia está peregrinando. El que la Iglesia del Señor peregrine "en Corinto" o "en Roma", ¿no es también un elemento constitutivo de la Iglesia local?

Realmente el Señor, que es el profeta, nos pide a todos juntos nuestra voz para convocar El mismo a su pueblo. Por eso estamos juntos siendo profetas con el Profeta. Y nos pide a todos juntos las manos para entrañar al pueblo convocado en su Cuerpo eucarístico, para incorporar en el pan y la copa a la asamblea del Señor que ha sido convocada por la tarea misionera del anuncio de la palabra. Y nos pide a todos nosotros los pies para recorrer los caminos del mundo, precediendo como pastores la marcha de los hermanos y, al mismo tiempo, alentándolos hacia el Reino del Padre. Por tanto, su palabra dicha en nuestras voces, unidas en un mismo anuncio; su pan en nuestras manos, unidas en una misma Eucaristía; su camino ofrecido en nuestros pies, unidos en una misma senda pastoral.

El obispo y el presbiterio son inseparables porque existen compartiendo la misma misión del Primogénito que encabeza la Iglesia. No hay más que una sola carne, decía Ignacio de Antioquía, una sola carne de Nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unirnos a su sangre. Un solo altar, lo mismo que uno solo es el obispo con su presbiterio (Ignacio de Antioquía. Magnesios, 6-7). Y continúa diciendo: Estad de acuerdo con el obispo como las cuerdas en la cítara, así en la armonía de vuestra caridad ensalzaréis a Jesucristo. Que cada uno de vosotros, que todos vosotros vengáis a ser un coro para que en la armonía de vuestro acuerdo, tomando el tono de Dios en la humildad, cantéis a una sola voz, por Jesucristo, un himno al Padre (Ignacio de Antioquía, Ef.4,1-2). Son realmente estos datos los que la Iglesia del Vaticano II ha trabajado tan apasionadamente para expresar lo que se llama fraternidad sacramental.

El sacramento de Cristo primogénito que parte el pan de la mesa, anuncia el Evangelio por los caminos y hace el lavatorio de los pies debe ser por tanto expresado por el obispo con su presbiterio. Y es así como el obispo y su presbiterio son sacramento del Cristo primogénito y al mismo tiempo sacramento de la Iglesia porque el apóstol es "representatio Christi", pero también "representatio ecclesiae". El grupo apostólico es una "aparché", un "paradigma" de la Iglesia. El presbiterio con el obispo son la Iglesia que se anticipa haciéndose y se anticipa paradigmáticamente: "aparché" y "paradigma", imagen y primicias de la Iglesia. En ese sentido somos anticipo de la Iglesia, germen de la Iglesia, pero de la Iglesia universal porque "Qui sub auctoritate Episcopi portionem gregis domini sibi addictam sanctificant et regnunt, Ecclesiam universalem in suo loco visibilem faciunt". Cuando cualquier cura en su parroquia celebra la Eucaristía y reúne la comunidad, está la Iglesia expresada. "Et in aedificando toto corpore Christi validam opem afferunt" (L.G.28). En todo altar, donde el presbiterio unido a su obispo, sirve a la Eucaristía, allí se está trabajando en los cimientos de la Iglesia universal. Lo que allí está sucediendo empalma por todas partes con el misterio de la Iglesia, extendida por el mundo y con la aventura del cosmos que está en camino de reconciliación. Cualquier forma de sectarización del ministerio sacerdotal podía hacer peligrar este misterio de la Iglesia local que es el misterio que expresa el Cristo total. El "totus Christus". El presbitero se debe a la Iglesia local enteramente, a la edificación de la Iglesia local y, cualquier otro acento carismático que reciba el presbitero tiene que estar radicalmente referido al presbiterado que es el carisma originario al cual él está llamado y en el cual está constituido.

Esta fraternidad sacramental de los apóstoles se llama en el Concilio íntima según aquella gradación "íntus", "interior", "intimus". Se trata de una fraternidad entre nosotros. Después hablaré de la "fraternidad apostólica" donde presbíteros, laicos y religiosos expresan con una claridad todavía mayor, el misterio de Cristo. Nosotros expresamos en nuestra fraternidad el misterio de Cristo en la medida en que el don sacramental lo convertimos en tarea. La fraternidad sacramental es el indicativo y la fraternidad íntima el imperativo. La fraternidad sacramental el don y la fraternidad íntima es la tarea. Pero ¿qué entendemos por íntima? Pues íntimo es lo que está más dentro de todo. Y ¿qué está más dentro de todos nosotros? Las entrañas de Cristo, el amor pastoral, la participación en el

mismo amor apostólico del Señor que en su amor reúne a los hermanos en la fraternidad y alentándolos a caminar en sus huellas los conduce al Padre en la unidad del Espíritu. Los hermanos unguados en la unción, han de vivir este amor del Señor íntimamente. Así se explica entonces que el obispo tenga que ser padre "verus pater" que abraza con amor y que tenga a los presbíteros como hijos y amigos (L.G.28; P.O.7), como Cristo a los apóstoles. Padre y hermano. Y se explica que los presbíteros tengan al obispo como un hermano y como un padre y que empalmen la sinceridad pastoral, la sinceridad en el amor, con la obediencia sacerdotal. Hermanos con los hermanos, "fratres inter fratres", "vere ut fratres" (P.O.9). Y con esto tocamos algo que está muy enraizado en la tradición apostólica de la Iglesia y que tal vez los primeros hermanos, especialmente Agustín, haya expresado con más vigor. Agustín, que era muy sensible a la amistad humana porque era un hombre antiguo, y estaba a su vez apasionado de la cultura antigua, sabía que la amistad era una cosa muy importante y que como decían los griegos era tener un alma en dos cuerpos. Por tanto, cuando se habla de fraternidad ¿en qué consiste?, ¿en comulgar nuestra alma? No, en comulgar el alma de Cristo, ser hermanos en el Señor. "Tu alma no es ya propia (en la carta de Agustín, 243), sino de todos los hermanos, y las de ellos son tuyas o más bien las de ellos y la tuya son un alma sola, la única de Cristo". Es aquí realmente donde se identifica el presbiterio como fraternidad sacramental, que se va haciendo íntima. Sin comulgar profundamente el alma de Cristo, en una comunidad de vida profunda, no es posible que podamos ser signos de unidad, el obispo y los presbíteros unidos.

Solamente mediante Jesucristo, nos es posible ser hermanos unos de otros. Yo soy hermano de mi hermano gracias a lo que Jesucristo hizo por mí, y mi hermano se ha convertido en mi hermano gracias a lo que Jesucristo hizo por él. Solamente en la comunión profunda con el alma de Cristo, con la caridad pastoral de Cristo que fluye de la Eucaristía podemos llegar a ser un solo presbiterio, unidos al mismo obispo (Cf.P.O.14). ¿Por qué caminos de oración silenciosa hemos de avanzar para poder adentrarnos "semper intimius" cada vez más íntimamente, en el misterio de Cristo y así poder ver el rostro y compartir las entrañas del Primogénito que parte el pan en cada Iglesia local reuniéndola y expropiándola a los caminos de la misión en el mundo?

Laicos

Pero, si al carisma apostólico podríamos llamarle la representación de Jesús como hermano ante los hermanos y hermano que convoca a la comunidad y la entrafia en el Cuerpo de Cristo y la alienta al camino de la misión, el otro gran carisma, marcado por un sacramento, es el carisma laical. Nunca admiraremos suficientemente este gran carisma enraizado en el Bautismo y en la Confirmación. Es un carisma que es también una representación de Jesús pero como hermano entre hermanos, no como el que está ante nosotros, sino como el que está entre nosotros. Se trata de poner en el mundo esa mesa de la Eucaristía. Esa mesa que tenemos que poner aquí. Es decir, convertir la humanidad en familia y el cosmos en mesa. ¡Qué admirable vocación! Por tanto, somos hermanos en el Hermano. No expresan al Primogénito que a todos nos encabeza y precede, pero expresan al Hermano entre nosotros que está en el camino junto con nosotros, desde dentro de las sendas del cosmos. Incorporados a Cristo por el Bautismo, participan, de modo propio, de su diakonía sacerdotal, profética y real. Son en Cristo y en el mundo, pero no sumando, sino implicando. Con lo cual se convierten de golpe, como decía la carta de Diogneto, en el fermento y el alma del mundo. Desde dentro no desde fuera. (Epist. ad Diognetum, 6; cf. L.G. 38).

Los laicos tienen como misión especial, además de su tarea eclesial en la comunidad donde participan con su ministerio sacerdotal y profético, transfigurar el mundo en la mesa común del Reino, de tal forma que dilatando el reinado del Señor, por la transfiguración de las realidades terrestres, el mundo entero se impregne de Cristo y alcance su fin, con mayor eficacia, en la justicia y en el amor. Estas tareas están marcadas por dos palabras que a lo mejor, hoy traduciríamos como liberación -sanear las estructuras cuando las estructuras provocan al pecado- y transfiguración. Su trabajo, elevado desde dentro por la gracia de Cristo, contribuye eficazmente a que los bienes creados se promuevan y compartan. El pan de la Eucaristía es la clave de la existencia histórica del laicado. Su trabajo es que la mesa del mundo sea mesa y tenga pan blanco para todos. Y que los pobres ocupen el primer lugar del servicio.

Lo que nos distingue, radicalmente nos empalma. Es impensable un presbítero sin un laico maduro al lado, y un laico maduro sin un presbítero porque, como decíamos antes, el carisma originario nos reparte los gestos, pero para expre-

sar el único gesto. Esos gestos tienen que implicarse. Nuestras existencias quedan radicalmente co-incorporadas, co-implicadas en la misma edificación del Cuerpo de Cristo y en la misma transfiguración del mundo.

Religiosos

Pero la Iglesia reconoce en "Lumen Gentium" que, además del carisma sacerdotal y laical aparece en la Iglesia la vida religiosa a la que se llama con dos expresiones: "Perfectae caritatis" y "Evangelica testificatio". Son gestos excesivos de amor, son expresiones del último día. Si el carisma laical representa a Jesús como hermano entre hermanos, transfigurando el mundo, la vida religiosa expresa a Jesús como hermano entre hermanos, trascendiendo el mundo. Es una anticipación escatológica.

El Pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente, busca la futura. El grupillo de hermanos que son llamados a la vida religiosa, aunque no estén marcados por un nuevo sacramento, dado que la vida religiosa despliega las virtualidades del Bautismo, manifiestan los bienes futuros que se hallan ya presentes en este mundo y testimonian la vida nueva y eterna conquistada por la pascua del Señor. La vida religiosa es una pre-figuración, es una evocación. Sencillamente eso, de ahí su grandeza y su fragilidad. Es una simple evocación que se mueve entre la mesa de la Eucaristía y la mesa del Reino consumado. Es una forma de existencia verdaderamente frágil y provisional que proclama las exigencias supremas del Reino, lo absolutamente absoluto de la soberanía del Señor y muestra ya en la tierra la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia de su resurrección.

Cuál ha de ser el amor de los presbíteros y los obispos a la vida religiosa; cómo cualquier forma de presencia de los religiosos que rompa la comunión de la Iglesia local o no la favorezca debe ser evitada; cómo realmente (cf. "Mutuae relationes") los religiosos han de ejercer sus carismas en la Iglesia local, en la Iglesia parroquial, con el obispo, con los presbíteros, con los laicos... son novedades a las que todavía no estamos suficientemente acostumbrados.

Fraternidad apostólica

Con lo cual, se podría decir que nuestra fraternidad íntima y sacramental, la fraternidad del grupo de los doce se completa necesariamente con lo que hace algunos años se empezó a llamar la fraternidad apostólica. Es decir, en torno a la mesa de la Eucaristía presidida por el obispo, presbíteros, religiosos y laicos juntos, en la misma mesa, poniendo cada uno sus carismas para edificar el Cuerpo de Cristo, corporeizando su misterio, las grandes claves teológicas de "Lumen Gentium" se continúan desarrollando en "Christus Dominus", "Presbyterorum Ordinis", "Apostolicam actuositatem" y "Perfectae caritatis". De ahí que nuestras existencias sacerdotales, nuestros equipos sacerdotales, todo esto requiere una nueva meditación para ver si, permaneciendo en algún espacio propio en cierto modo para avivar el carisma que se nos dio por la imposición de las manos, ese espacio de existencia apostólica nos lanza, en lugar de refugiarnos a espacios privados, a una inserción junto al laicado y a la vida religiosa mucho más profunda y entretrejida. De lo contrario, no se expresa el misterio de Cristo total: "Totus Christus". El Señor está ante nosotros y entre nosotros, pero siempre por nosotros. Además de concentrar la Iglesia en el misterio pascual y la Eucaristía, se necesita urgentemente, en cada Iglesia local, en cada parroquia, corporeizar cuanto antes estas experiencias eclesiales integrales, enteramente abiertas donde no hay más referencia que la Eucaristía y el servicio apostólico del obispo que nos empalma radicalmente con todas las Iglesias y con la Iglesia universal que preside Pedro en el amor. Referencia que se implica con la misma tierra, el mismo pueblo y la misma historia por las que la Iglesia del Señor peregrina, en constitutiva implicación y solidaridad.

El pequeño signo del pan que se pone en el cáliz después de la fracción del pan, el fermento de la Iglesia antigua, explicaría hasta qué punto nosotros, en el ósculo de la paz, estamos enterañados juntos en el Cuerpo de Cristo y, al mismo tiempo, radicalmente abiertos a todas las Iglesias locales y a la Iglesia universal que es una, santa, católica y apostólica.

Planteadas así las cosas, entonces, lo que decimos de la corresponsabilidad no sería en primer lugar una buena organización eclesial en la cual nos distribuimos en un tablero las distintas funciones. La corresponsabilidad nace radicalmente de la comunión en el Espíritu. La Fraternidad,

que nace de la Eucaristía, es sobre todo una comunión de vida, que nos lleva a un corazón y un alma. Lo cual no excluye, sino que incluye la verdadera amistad. La fraternidad se tiene que hacer amistad. La fraternidad cristiana tiene que tener tal calidad humana que se convierta en amistad. Somos y hemos de ser hermanos y amigos en el Señor. Estas experiencias de comunidad de vida que están en el origen de cualquier forma de trabajo pastoral deben buscar expresar lo que el apóstol decía al hablar del Cuerpo de Cristo y lo que los Hechos de los Apóstoles dicen cuando hablan de que los primeros hermanos tenían un solo corazón y una sola alma (Hch.2,44-45; 4,32-34).

El apóstol usaba dos imágenes muy bellas del mundo antiguo. Una tomada de la medicina y otra de la música. La sintonía -proviene del verbo tensar-. La fraternidad apostólica tiene que tener una misma tensión, un mismo latido. El amor apostólico de Cristo, la pasión por el Evangelio, por la Iglesia, por el reino, por los pobres, juntos en el mismo latido. Y la palabra de la medicina simpatía, que no es la simple conjunción afectiva, sino sobre todo el padecimiento común, el dolor común. Entrañados todos en Cristo a través de los hermanos que tienen menos vida, pues los miembros más débiles son los más necesarios (I Cor.12,22). Así se excluiría cualquier forma de elitismo entre nosotros. El apóstol lo expresaba de una forma todavía más admirable en I Cor.13, que es la consumación de su contemplación sobre la fraternidad carismática de la Iglesia. El carisma originario es el amor, pero no el amor con minúscula, el Amor con mayúscula, el Señor que es el Espíritu. Ese amor del cual nadie nos puede arrancar, que aparece en el final himnico de Rm.8 y que está comentado en Cor.13 es el Amor de Cristo. Este amor de Cristo es el amor que todo lo comprende, que todo lo espera. Es un amor en que se traduce a la horizontalidad toda la vida teologal. Al esperar en el Señor, esperamos en los hermanos sin medida. Y al ser amados por el Señor amamos a los hermanos. Y Pablo dice: y entonces los soportamos. No, los aguantamos, sino que nos los cargamos a las espaldas y permanecemos apasionadamente hasta la muerte soportándonoslos.

Así se consume desde al Amor crucificado la unidad de la fraternidad. En el exceso de este amor hay que abrazar los golpes y los fallos de los hermanos para asociarse así a la pasión de Cristo.

Esta vida en las fraternidades que es más bien un poc

de aliento, de aire fresco en la Iglesia, es lo que nos puede llevar a una verdadera corresponsabilidad pastoral, donde complementemos nuestros carismas, donde colaboremos en nuestros servicios, donde nos responsabilicemos juntos en edificar la Iglesia, porque ya no habrá ninguna apropiación del Señor, ninguna apropiación de la Iglesia, ninguna apropiación de nuestros carismas, ninguna lectura mesiánica de nuestros gestos, sino que seremos hermanos menores de Jesús. Todos nosotros, hermanos pequeños del único, el Primogénito. Dispuestos a todo. Incondicionalmente. Sin plazos y además llenos de alegría.

Esta koinonía, esta comunión de la vida de los dones debe hacerse verdaderamente comunión de los bienes, porque si no ¿cómo expresaremos que la Iglesia es la nueva creación si continuamos nosotros en la comunidad de Jesús organizándonos como se organiza el mundo según el capital y trabajo asalariado, en las distintas modulaciones occidentales y orientales? Pues, no, claro. Con tiendas de campaña ligeras, expresando la nueva creación y compartiendo los bienes cada uno según puede y recibiendo según necesita, con la mirada puesta en los pobres de cerca y sobre todo en los de lejos, en los últimos.

El cuerpo eclesial, sus organizaciones, sus medios económicos, todo tiene que ser provisional, frágil, que transparente el rostro del Señor. Con lo cual nos obligará a nosotros mismos, los presbíteros, a reeditar de nuevo el Mt.10: "No llevéis alforjas ni cayado". Poca cosa, que somos peregrinos. Y por tanto, lo que tenemos para los hermanos y así iniciaremos este movimiento de koinonía. Nosotros mismos volcándonos así a los pobres y al mundo.

Estos gestos de comunión son absolutamente necesarios. Hay que convertir en fraternidad íntima la fraternidad sacramental. Y esto no sólo con una camaradería o con una simple organización pastoral. Necesitamos, en torno a la mesa de la Eucaristía, escuchar la Palabra, orar largamente, y empezar a compartir todo lo que somos y tenemos para alcanzar a tener un corazón y un alma. Luego, una vez que tengamos este corazón y esta alma, pues ya todo será como una necesidad del corazón, algo que sale de dentro, que no viene impuesto por una orden del obispo, o por un plan pastoral que se nos impone. Debemos ser nosotros los primeros que iniciemos, entre los laicos y los religiosos, este camino de la comunión que transparente al Señor. Para reemprender cada vez con más atrevimiento y alegría los caminos de la misión.

4. LA SENDA DEL AMOR CRUCIFICADO

Quería decir unas palabras en torno al martirio que me parecen fundamentales para comprender todo esto que acabo de decir. El Santo Padre en su discurso a los obispos europeos, reunido en el Simposio decía que esta sublime misión de hacer florecer una nueva era de la evangelización en Europa requiere hoy evangelizadores particularmente preparados: "Hacen falta heraldos del Evangelio expertos en humanidad que conozcan a fondo el corazón humano, que tomen parte en sus alegrías y en sus esperanzas, en sus angustias y en sus tristezas y que sean al mismo tiempo contemplativos enamorados de Dios". Por eso hacen falta nuevos santos, los grandes evangelizadores de Europa han sido santos. Debemos suplicar al Señor que haga crecer el espíritu de santidad de la Iglesia y que envíe nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy. El Sínodo '85 lo ha visto con tal urgencia y ha dicho: en circunstancias difíciles a lo largo de toda la historia de la Iglesia, han sido los santos la fuente y el origen de la renovación. Hoy necesitamos pedir fuertemente a Dios, asiduamente a Dios, santos. Pero después dice: bueno, y que los pastores de la Iglesia sean los primeros en sobresalir. Cuando decimos sobresalir en la santidad decimos preceder en el camino del seguimiento. Es decir, ser nosotros los primeros que pongamos nuestra vida en juego.

Estas palabras recientes dichas en la Iglesia nos evocan los textos conciliares sobre la llamada universal a la santidad. En el Congreso de evangelización se decía que hacen falta testigos y testigos en comunidad. Que tenemos buena organización, pero nos faltan comunidades de testigos. Parece que estamos oyendo realmente la voz del Espíritu que habla así a las Iglesias: "Urgen los santos", "hacen falta testigos". El Concilio entiende el camino de la santidad como la entrada a la entrega pascual de Jesús. A ella estamos llamados todos: los presbíteros, los laicos, los religiosos. Los primeros en caminar debemos ser nosotros. ¿Qué hermanos han de vivir más el amor crucificado del Señor que aquellos hermanos que parten el pan a la mesa? ¿quién tendrá que verter su propia sangre con la sangre del cáliz antes que el presbítero? ¿quién tendrá que romper su cuerpo por los hermanos antes que el que cada mañana lo parte en el altar? "Configura tu vida con el misterio de la cruz del Señor" se nos dice en la imposición de las manos. Esta llamada a la santidad y al martirio pertenece a la misma vocación bautismal. Ser bautizado es entrar en

el camino del amor, que se consume en la muerte. Así se da al Señor y a los hermanos "suprema probatio caritatis". Es el gesto supremo del amor, es el dar la vida por los hermanos. A todos se nos da este don y se nos encarga este encargo. Pero sería bueno empalmar este texto de la "suprema probatio caritatis" de L.G.42 con otro texto paradójico de P.O.11 donde se dice que la vida apostólica es "maximum testimonium amoris". Paradójicamente, como si apostolado y martirio fueran inseparables. Claro, así era en la primera hora. No se podía ser apóstol, hasta las últimas consecuencias, sin ser mártir. "Christo maximum testimonium amoris". En la cita de Crisóstomos se evoca el texto de Pedro "me amas? ... Pues cuando eras joven, tú hacías lo que querías; ahora, cuando seas viejo, otro te ceñirá y te conducirá a donde no quieras". (Jn.21,18).

La vida apostólica hoy supone entrar al camino del martirio, pero a diferencia del hemisferio Sur donde hay un martirio sangriento. P.O.22 nos evoca que el martirio del futuro va a ser, tal vez, el martirio nuevo de una soledad bien amarga y una esterilidad bien inquietante. Pero esta forma de martirio nos avoca al siglo XXI donde nuestro ministerio apostólico podrá ser aparición de la pura gracia. España lleva muchos años ¿verdad? de historia eclesiástica. Cuando los hermanos no necesiten nada de nosotros y no nos tengan ningún miedo y se vayan y puedan decir que no les interesa el mensaje, si permanecemos ahí 40 ó 50 años pudriéndonos, el rostro amable de Jesucristo, como pura gracia, aparecerá en esta tierra para las generaciones venideras. Estamos llamados a un martirio en la Iglesia española, a un martirio nuevo, inesperado, que requiere una experiencia contemplativa y fraternal muy honda, porque sin raíces el invierno, que a veces retorna en la primavera puede secar las flores de los árboles.

En cambio, un grupo de discípulos, sacerdotes, religiosos, laicos, en pequeñas tiendas de campaña, abiertos de par en par en todas las direcciones del viento, en cuatro o cinco rincones de cada Iglesia local podían ser signo del soplo del Espíritu que abre hacia el porvenir los caminos de esta Iglesia del Señor que es, sobre todo, de El.

1
